

TERCERA PARTE.

Principios generales de la Moral.

CAPÍTULO I.

DE LA MORAL.

El deber, deberes para con nosotros mismos.—La moral bien aprendida no es la que se sabe *definir* sino la que se procura *practicar*. Los preceptos de esta ciencia deben guardarse más *en el corazón* que *en la memoria*.

Cuando vuestras profesoras os hacen sentir las consecuencias de vuestros actos, os dan una *clase de moral*. Cuando ellas se *ayudan* y se *consideran mutuamente* os dan *lecciones de moral*. Cuando en la noche hacéis vuestro examen de conciencia, y al recordar uno á uno vuestros actos del día, no tenéis nada que reprocharos, sino que os sentís tranquilas y contentas, podéis tener la convicción de que habéis obedecido *los preceptos de la moral*. Mas aunque lo que importa para la

moral es practicarla, es preciso también saber definirla.

Así, pues, diremos que la *moral es la ciencia del deber*. Pero, ¿qué es el deber? Es una *deuda* que tenemos obligación de pagar. Es la *obediencia á la ley moral*. La *consecuencia guardada á la dignidad humana, la estimación de sí mismo, el respeto á los demás*. Es un acto que no podemos dejar de ejecutar sin hacernos culpables, sin acarrearos la desaprobación de los demás y el desprecio de nosotros mismos. Es todo *acto que contribuye al bienestar* y á la armonía *individual y social; es la manifestación de la conciencia humana. La práctica del bien*. ¿Y qué es el bien? es muy fácil contestaros vosotras mismas: si los actos que vais á ejecutar se relacionan con vuestros semejantes, preguntad solamente: *¿me gustaría que hicieran conmigo lo que yo quiero hacer con los demás?* Si sólo se trata de vosotras mismas, pensad: *si viera haciendo á otros lo que yo quiero hacer, ¿lo aprobaría?* Querría yo establecer *una regla general para obrar como yo quiera?* Así, por ejemplo, una compañera os pide prestado vuestro libro, teméis que os lo manche ó lo pierda y dudáis en dárselo; pero luego pensáis cuánto os disgustaría *obtener una negativa después de una súplica*, y prestáis el libro. Un día se os ocurre que nadie se perjudica con que permanezcáis en la cama sin levantaros, aunque na-

da os duela; pero luego pensáis, si en el mismo día le ocurriera á todo el mundo hacer lo mismo, ¿sería conveniente para mí? ¿Aprobaría yo esta conducta en mi criada, en el panadero, el lechero, el carbonero, etc? De seguro que no: veis, por lo tanto, que con estas preguntas es fácil aclarar nuestras dudas resueltas así: el bien es lo que yo aprobaría que todo el mundo hiciese.

Tenemos distintas clases de deberes, pero podemos hacer de ellos divisiones que nos permitan comprenderlos mejor.

Deberes para con nosotros mismos.—Pudiera pareceros egoísmo empezar por los deberes que para con nosotros mismos tenemos, pero os sorprendería que alguien para pagar sus deudas contase con los recursos del vecino, y los recursos con que nosotros contamos para llenar nuestros deberes para con los demás, son nuestras propias facultades. Sabéis cuáles son éstas y lo que debemos hacer para desarrollarlas. Mas no es tan fácil como parece, repartir de una manera equitativa, digamos así, la atención al desarrollo de cada una de estas facultades y el uso que de ellas debemos hacer. Necesitamos ejercer una especie de vigilancia constante sobre nosotros mismos y repetirnos á menudo un examen minucioso de conciencia para convencernos de que estamos en lo justo.

El fantasma rojo. La templanza.—Se cuen-

ta de un joven adornado de todas las virtudes que pueden hacer estimable á un hombre. Llamó la atención de sus amigos la circunstancia de que al mismo tiempo que se iba alejando de ellos y retrayéndose de toda clase de diversiones, iba engordando de una manera extraordinaria. Era que aquel joven se entregaba por completo al placer que nos parece el más inocente de la vida: el de comer bien.

Gran sorpresa causó en el círculo de sus amigos, la noticia de que el joven *gastrónomo* había matado á su criado, y se encontraba por esta razón *en la cárcel*. Conmovidos y apenados por tan inesperada como lamentable desgracia, acudieron varios amigos á visitar al joven, quien lleno de dolor les contó sinceramente lo que había pasado, en estos términos: Hacía varias noches que cuando mi criado se acercaba á la mesa para quitar los restos de la cena, yo veía un fantasma rojo que me inspiraba terror: decidí decirle á mi criado que alejara aquel fantasma de mi presencia; pero él, sólo me contestaba con extrañeza y no parecía poner empeño en obedecerme: una noche tenía yo mi revólver al cinto y obedeciendo más bien á un impulso de terror disparé.... y mirad.... interrumpió, aquí vuelve el fantasma....! allí está....! No bien había acabado de decir estas palabras, cuando con gran dolor de sus amigos,

delante de ellos, cayó muerto. Los médicos explicaron el caso, diciendo que el exceso de alimento había producido un exceso de sangre que derramada en cierta parte del encéfalo produjo en el órgano de la visión el fenómeno de colorar de rojo el cuerpo del criado, ó de cualquiera persona colocada á la vista del pobre joven, que no creyó nunca que su pasión *gastronómica* lo condujera al *crimen* y á la *muerte*. La ciencia acepta este caso como *hecho posible* y debe servirnos por lo tanto para darle toda la importancia que merece á la *templanza*.

Bibliomanía.—Figuráos ahora, un hombre noble, honrado y bueno, de espíritu levantado y progresistas ideas, que delira con la ciencia, que sueña con el adelanto, y que pasa las horas entre sus libros, sin pensar nunca en formar una familia, ni siquiera en cultivar algunas amistades, y que ni sabe lo que ocurre en su derredor. Pasa la hermosa juventud con sus alegres sueños de gloria y de progreso, y llega la triste vejez desnuda de entusiasmo con su triste cortejo de tedio y desencanto, trayendo por toda recompensa al sabio anciano, la soledad y el agotamiento completo de todas las energías. . . . ¿á quién culpar?

La terquedad.—La firmeza de carácter, hemos dicho, es propia del genio y digna de aprecio y de admiración; pero debemos cui-

dar de que no degenerare en lo que se llama *terquedad*. El hombre que ya no oye más voz que la de su propio capricho, no sólo se hace despreciable á los ojos de sus semejantes, sino que puede él mismo labrar su desgracia.

Aquí en pequeño hemos podido ver las consecuencias del capricho. Una niña dijo que aunque supiera lo que le preguntasen en el examen, no había de contestar ni una palabra. Así lo hizo y salió reprobada perdiendo un año, porque quiso *salirse con su capricho*.

Un buen amigo le dijo á un mal profesor: El método que usted sigue con sus alumnos, no es bueno, haría usted muy bien en cambiarlo.

—Basta que usted me lo diga, para que yo no lo cambie, contestó el profesor, porque yo no he hecho ni *he de hacer nunca más que lo que á mí se me antoje*.

—Entonces espere usted lo que venga, contestó el amigo.

La desgracia es siempre digna de respeto, con tanta más razón si va unida á la muerte; pero tenemos el derecho de hacer notar los actos de que podamos sacar alguna enseñanza. La desgracia y la muerte, hacen para nosotros doblemente sagrado el recuerdo de Maximiliano; mas esto no nos quita el derecho de señalar en su historia un hecho de que podemos sacar experiencia.

Se asegura que este príncipe, engañado por algunos malos mexicanos, vino á México con la convicción de que el país lo *aclamaba unánimemente* Emperador. Si al ver la actitud de la *República convertida en ejército*, Maximiliano, desde las orillas del Golfo, hubiera dicho á los mexicanos: "Yo he venido en la creencia de que me llamábais; mas puesto que me esperáis con la mecha encendida en los cañones, quedáos en paz, que Dios os guarde, y hasta nunca." ¿No os parece que obrando de este modo habría dado un chasco soberbio á las ambiciones de Napoleón, y á los vergonzosos planes de nuestros malos compatriotas? ¡Cuánto se habría enaltecido ante el buen juicio de las naciones cultas! ¡Cuánta sangre mexicana habría dejado de correr, y cuán distinta habría sido la suerte del pobre Archiduque y de su desventurada esposa . . . ! Pero la conducta ciega de aquel hombre, falible como todos, parecía decir: "Yo quiero ser Emperador de México; tal es mi voluntad, y he de serlo mal que pese á una Nación entera." ¿No os parece, niñas, que disculpando al hombre, podemos sacar utilidad del hecho?

Injusticia en el sentimiento. Equidad en el amor á nuestros semejantes.—El sentimiento es la riqueza más preciosa que Dios ha puesto en el corazón del hombre. Seguramente nunca habéis pensado que el sentimiento de-

be servir para *quererse á sí mismo*. Hay, sin embargo, quienes así lo hacen, y éstos se llaman *egoístas*, seres bien desgraciados por cierto, puesto que son para ellos desconocidos los goces más nobles que son los que proporciona el altruismo ó amor á los otros. Yo no he visto semblante que expresara más alegría que el de una niña de ocho años que le regaló su muñeca á una pobre indita. No debemos olvidar que todos tienen necesidad y derecho á una parte de nuestro cariño. Hay lo que podemos llamar el egoísmo de familia, el de la patria y el de la religión; y todos nos llevan á cometer las mayores injusticias. Ningún amor es más noble que el de la madre; pero yo he visto á una mujer pegar cruelmente á un chico porque había arrebatado á su hijo un juguete, y reir con gusto porque este hijito le pegaba con un chicote á otro niño menor que él. Y he visto á otra madre despertar á una criadita, huérfana, de cuatro años, para que jugara con su niño que no *tenía ganas de dormir*. Ya veis que el más noble de los cariños puede ser causa de crueldad para otros.

A veces, dentro de la misma familia se cometen injusticias como la de que los niños consagren toda su atención y su cariño al padre ó viceversa. Y suele haber madres que por tal ó cual motivo tengan preferencia para alguno de sus hijos,

Algunos creen que toda su atención debe reconcentrarse en su familia, y que no deben preocuparse por lo que pasa en la casa del vecino, y no comprenden que si permanecen indiferentes á lo que sucede en torno suyo, llegarán también á ser víctimas de los males que los rodean; pues si la casa del vecino se quema, el incendio puede invadir la suya, y si en la casa del vecino hay un foco de infección, pueden contagiarse él y los suyos. Aunque no fuera más que por amor á nuestra familia ó á nosotros mismos, tenemos el deber de repartir nuestra atención más allá del círculo de nuestra propia familia.

Es muy frecuente que los fanáticos, cualquiera que sea su religión, consideren á los que profesan otro culto, como bestias despreciables. Entre los judíos es muy común la frase: *perro cristiano*, y los cristianos dicen á su vez: *perro judío*. Una maestra preguntando á sus discípulas por qué la querían, recibió entre otras la siguiente respuesta: "La quiero, señorita, porque *tiene vd. la misma religión que yo*." La maestra nada dijo; pero á los pocos días les leyó estos versos que yo conseguí para enseñároslos. Escuchad:

LA TOLERANCIA.

¡Mirad al pobre buhonero!
Murió de hambre y de frío,

El buhonero judío
Y no hay piedad para él!
No hay una tabla siquiera
Para hacer su humilde caja,
Aun la mísera mortaja
Niegan todos al infiel.
"De nuestro Dios enemigo,
Airada grita la gente,
Es el hebreo insolente
Que se lleva Satanás."
"Se profana el camposanto
Si permitimos su entierro!
¡Que lo arrojen como perro
Al hediondo muladar!"

La mujer del pobre muerto,
Con sus niños, entretanto,
Convertida en mar de llanto
Imploraba compasión.
Mas el pueblo intolerante
Vocifera: "Es un impío!
Es un réprobo judío,
No es de nuestra religión!"
El maestro de la aldea
Llega al lugar del suceso,
Y da á cada niño un beso
Y la mano á la mujer,
Y dice á la muchedumbre:
"Quien se precia de cristiano,
En ser de cada hombre, hermano,
Cifra el principal deber.
Si no hay madera bastante,
Dad el ataúd por hecho:

Con las tablas de mi lecho
 Construiré el ataúd."
 Yo sepultaré al hereje;
 Mas advierta la ignorancia
 Que ante Dios, *la tolerancia*
Es la más bella virtud.

(*La Escuela Primaria.*)

RODOLFO MENÉNDEZ.

La Cananea. La Samaritana.—También se piensa que sólo nuestros compatriotas son acreedores á nuestra simpatía; pero que para los *extranjeros* debemos tener indiferencia, y hay quienes haciendo alarde de su *acrisolada virtud*, desdeñan á los malvados á quienes creen indignos hasta de su compasión. A propósito de esto, recordemos á la *Cananea* y á la *Samaritana*, para quien el mismo Jesús no rehusó los favores de su infinito amor. ¿Vos que sois Judía, cómo me pedís de beber á mí que soy de Samaria? Estas palabras fueron dirigidas á aquel que dijo: "Si conocieras el *don de Dios* y á quien te pide de beber, tal vez le harías tú la misma demanda, y él te daría agua viva, y el que bebiere del agua que yo le daré, nunca más volverá á tener sed." "Vosotras, amáis lo que no conocéis. Mas el tiempo llega en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad." "Yo que hablo contigo soy el Mesías." "Creeme, mujer, la salud viene de

los judíos." "Yo he venido para salvar judíos y gentiles." "Soy enviado á las ovejas perdidas de la casa de Israel." El era el que decía: "Dad al que os pide, y no volváis el rostro al que quiere pedir." "Haced bien á los que os aborrecen, bendecid á los que os maldicen, rogad por los que os persiguen y por aquellos que os calumnian." "Vuestro Padre celestial ¿no hace levantar el Sol para los buenos y para los malos? ¿y no hace caer su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores?"

CAPÍTULO II.

UNIDAD DEL DEBER, ENCADENAMIENTO DE LOS HECHOS.

Como podréis ver, nuestras facultades constituyen una propiedad legal, nos pertenecen, puesto que están en nosotros mismos; pero no podemos arbitrariamente disponer de ellas faltando á nuestros deberes para con los demás. No es posible determinar de una manera precisa adónde terminan los deberes para con nosotros mismos, y principian los deberes para con los demás. No es posible aislar de una manera absoluta cada uno de nuestros propios hechos, porque todos se ligan íntimamente con los de los demás, pudiendo cada uno ser, ya causa, ya efecto, de otros. De allí la *vigilancia* constante que de-

bemos tener sobre nosotros. Vosotras contándome vuestras impresiones del 16, me referísteis un hecho, que aunque insignificante, puede servirnos de importante enseñanza. Me contásteis que una mujer, mientras pasaba la formación, estaba comiendo naranjas, y arrojando las cáscaras á la calle. A poco el caballo de un soldado resbaló en las cáscaras y calló junto con el ginete, visto lo cual por un jefe le dió de cintarazos al soldado. He allí dos hechos desgraciados cuya causa fueron las cáscaras arrojadas por una mujer imprudente. "Bien puede ser, pensásteis, que la misma mujer á su vuelta haya resbalado en las cáscaras que arrojó. Es cierto, y á poco que reflexionemos, veremos que á menudo resbalamos en las cáscaras que hemos tirado, ó que suelen ser otros la causa de nuestras caídas. Cada hombre es semejante al anillo de una cadena cuya menor modificación se transmite á los demás. Baste el contacto momentáneo de un hombre con otro, para que la influencia mutua pueda quedar ejerciéndose durante mucho tiempo y á través de las mayores distancias. A propósito de esto, hemos hablado de Creso, que por haber pronunciado el nombre de Solon, al recordar la opinión de aquel sabio, se libró de morir en la hoguera y libró á Ciro de cometer un acto cruel. De la misma manera que las aguas de un río fertilizan las riberas al pasar, así el pa-

so de un hombre bueno por la tierra, deja una huella indeleble de su virtud. Pero del mismo modo que el carro cargado de inmundicias va dejando á su paso la calle infestada, así la acción del hombre malo se hace sentir por donde pasa. Y tanto la buena como la mala acción, puede saberse dónde empieza, pero no es fácil saber adónde acaba. He leído una fábula muy bonita sobre la responsabilidad de nuestros actos, y como viene en apoyo de lo que decimos sobre las interminables consecuencias de un acto, voy á referiros la en pocas palabras.

La fábula se titula *El ladrón y el autor*, y en esencia dice lo siguiente:

Un ladrón y un autor fueron sentenciados por las divinidades infernales al castigo de la *paila ardiendo*; pero con gran asombro del autor, pronto se apagó el fuego en que ardía el ladrón, mientras que su hoguera iba ardiendo cada vez con llama más viva, y al quejarse de la injusticia cometida con él, que había ceñido en la tierra los lauros de la gloria, una furia exclamó: "Y aun te quejas, miserable. cuando no ha sido posible inventar un castigo bastante á hacer expiar tu falta. . . ven y juzga por tí mismo." Y entonces, por un postigo que la furia abrió en aquel antro, pudo el autor ver que se sucedían generaciones tras de generaciones y cada día aumentaba en la tierra la perversión de los hombres que

se habían inspirado en sus doctrinas. En el mundo moral pasa lo mismo que en el mundo físico: del mismo modo que todos los seres de la naturaleza están ligados entre sí, todos nuestros actos se relacionan íntimamente, y así como de la materia, puede decirse de todo acto bueno ó malo, que *nada se pierde*.

Cada hombre, dice un escritor, es como el centro de varios círculos concéntricos que son la familia, los parientes y amigos, la patria y la humanidad.

EL DEBER.

Muchos sabios han dicho que la vida
Es el mar borrascoso en que navega
El sér humano, que inconsciente llega
Sin saber por qué vino ni á dó va.

Sí, mar profundo de perfidias lleno
En que el mortal á su pesar se lanza
En el frágil bajel de la esperanza
Que á sus orillas aguardando está.

Muy frágil, sí, pero á la par que bella
La gentil vaporosa navecilla,
Que ante los ojos fascinados brilla
Cual juguete de aurífero metal.

Y el hombre le confía su existencia,
Y juntas van por el revuelto océano,
Hasta tocar el pavoroso arcano
En que se hunde la vida del mortal.

Sopla el aura fatal de las pasiones
Y la vela flotante se hincha ufana,

Dorada por el sol de la mañana,
Mecida por el céfiro fugaz.

Ya está pronta á partir, sobre las olas
Con inquieta ansiedad se balancea,
Cual se sacude el cóndor y aletea
Antes de levantar su vuelo audaz.

¡Con qué impaciencia sus amarras corta!
Ya se aleja, se aleja de la orilla,
Y soltando sus rizos la barquilla
Se pierde entre las brumas de la mar.

¡Cuánto escollo la espera! La malicia,
El sórdido interés, la ambición ruda,
La calumnia, la envidia; hasta la duda
Sus costados con furia morderá.

El huracán desgarrará su loma
Será juguete de encontrados vientos,
Y perdida su fuerza y sus alientos
Cual náufrago cadáver flotará.

Mas nada importa, con la vela henchida
Le dice "adios" á la desierta orilla,
Y con audacia la afilada quilla
Rompe ya sus espumas ¿Volverá?

.....
Va declinando en Occidente el día,
Y la pálida estrella de la tarde,
En la lumbre del sol se enciende y arde,
Del firmamento perennal bujía.

Pasó la tempestad, tras de sus huellas,
Sólo quedan rumores en el río,
En las hojas las perlas del rocío,
Y en el cielo sin nubes las estrellas.

En la lejana inmensidad se pierden

Débiles ruidos espirando á solas,
 Y de la mar las sosegadas olas
 En el regazo de la playa duermen.
 Todo es silencio, soledad, tristeza,
 Y llena de mortal melancolía
 En el altar del moribundo día
 El alma se arrodilla, llora y reza.
 De pronto surge en la extensión callada
 Eco sutil de victorioso canto,
 Que seca entre los párpados el llanto
 Y hace brillar de gozo la mirada.
 Incólume, triunfante, vencedora,
 Arrollando la espuma con su quilla,
 Aparece la débil navecilla
 Que izó sus anclas al rayar la aurora.
 ¿Qué talismán, que mágico amuleto
 En las borrascas escudó su vida?
 El que ha sido y será siempre una egida,
 Y se llama el *Deber*: he ahí el secreto.
 Brújula santa, faró inextinguible
 Que ha colocado en la conciencia humana,
 La voluntad Eterna y Soberana
 Que rige lo visible y lo invisible.
 Aquel que sus preceptos ha seguido
 No abusando jamás de su derecho,
 Ese tan solo guardará en su pecho
 La inmensa dicha del deber cumplido.

DOLORÉS PUIG DE LEÓN.

CAPÍTULO III.

LOS LAZOS DE LA FAMILIA.

Para todos tenemos el deber de utilizar nuestras facultades; pero es indudable, que no todos tienen igual derecho para exigir de nosotros idénticos deberes.

Así por ejemplo: cada una de vosotras se cree con el deber de tratar á todas sus compañeras con iguales miramientos; pero hay alguna entre ellas á quien os creéis más obligada. ¿Por qué? Porque esa compañera, diréis, me quiere más que las otras; ella, siempre que por enfermedad he faltado á la clase, cuando vengo, me enseña lo que ha aprendido durante mi ausencia; cuando salimos á recreo, siempre tiene un dulce ó una fruta para mí; si le regalan un libro de cuentos, soy la primera que lo lee; en fin, ella *es mi mejor amiga en la escuela*. Bien, pues si tenéis tanta gratitud para vuestra mejor amiga de la escuela ¿qué no será para aquellos que son nuestros mejores amigos en el mundo? ¿Quiénes han hecho por nosotros más que nuestros padres? ¿Cuántas veces el hombre de carácter enérgico y altivo, el que luchó con valor contra los opresores de la patria, el que con valor cívico arrojó la cólera del tirano, diciéndole en su cara la verdad, se doblegó aceptando una clase de trabajo en